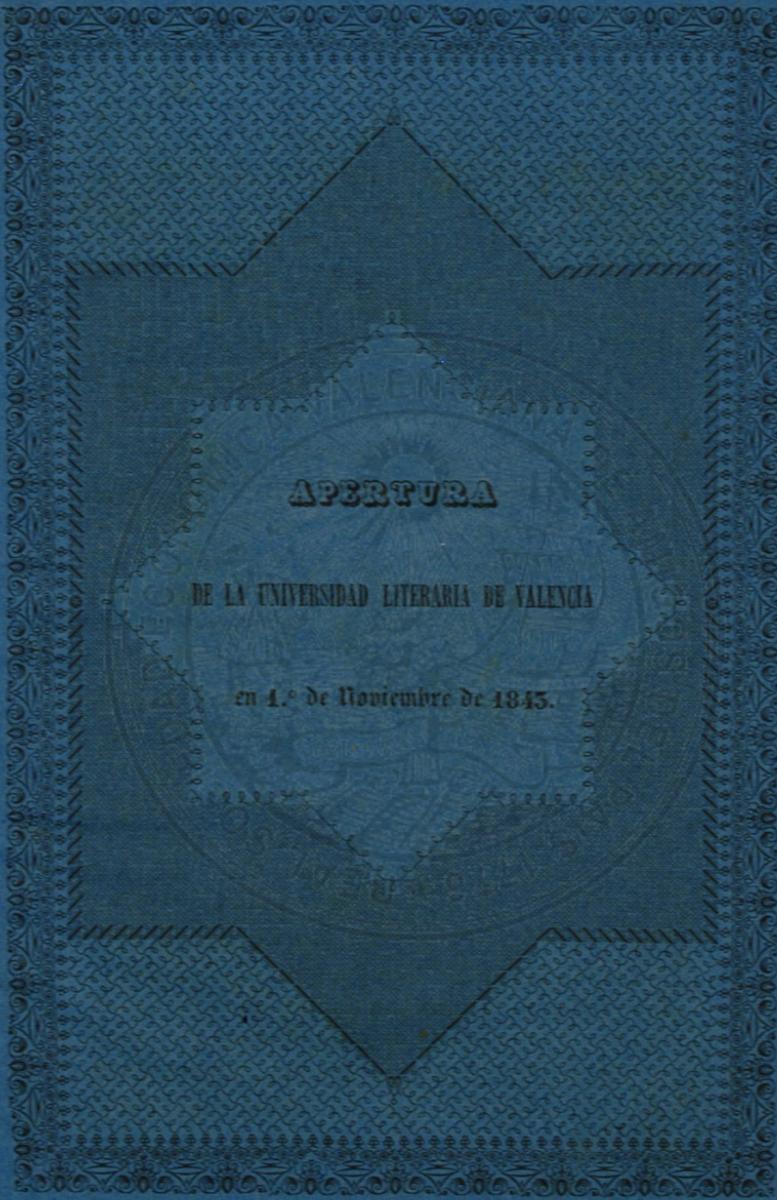


1843

C-109

III. Educación n. 8



APERTURA

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

en 4.º de Noviembre de 1845.

DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA APERTURA

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

el día 1.º de Noviembre de 1845

PRONUNCIÓ

el Dr. D. Antonio Rodríguez de Cepeda,
Sustituto encargado de la Cátedra de tercer año de Juris-
prudencia.



IMPRESA DE D. BERTHO MONFORT.



SEÑORES:



Cuán grato es al corazón venir á olvidar hoy en este pacífico recinto el bramido de las pasiones políticas que chocan y combaten enfurecidas en nuestra desgraciada patria! ¡Cuán dulce contemplar esta multitud de jóvenes que ansiosos de saber, y aguijoneados por el noble estímulo de la gloria literaria, acuden presurosos á consagrar al estudio los años mas floridos de su vida! Mas ¡cuán grave es también el peso que echamos sobre nuestros hombros al aceptar del Gobierno de S. M. la honrosa pero difícil tarea de la enseñanza! ¡al sentarnos en este sitio donde se sentaron esos varones eminentes en doctrina, cuyos

retratos nos fueron legados como testimonio de gratitud y prenda de emulacion! Ellos nos traen á la memoria aquellos tiempos en que las Universidades de España ocupaban uno de los primeros lugares entre las de Europa; en que sus profesores eran llamados á las córtés estrangeras, y consultados por los Reyes y los Papas, y escuchados con admiracion en los concilios. Ellos con su muda presencia nos recuerdan las glorias científicas de nuestra patria, y nos reprenden por haberlas dejado empañar, y nos exhortan á que imitando su egeemplo les volvamos su lustre y esplendor. ¿Quién al mirarlos no siente nacer en su pecho la mas noble emulacion, y no se duele de la postracion y abatimiento en que yacen nuestras Universidades y no anhela por verlas recobrar su antigua nombradía? Ardua es la empresa, pero no imposible. Al Gobierno toca prepararla y suministrar los medios: llevarla á cabo incumbe á los profesores. Para desempeñar dignamente este honroso ministerio, no basta decorar ante los discípulos lo que se aprendió en los libros: es menester afanarse por colocar siquiera una piedra en el magnífico edificio de las ciencias, que al través de los siglos va labrando el ingenio humano: es menester remontarse á los principios de cada una, conocer su actual estado, señalar el camino por donde debe marchar, y conducir por él á los discípulos, sirviéndoles de guia. De este modo volverán á ser las Universidades de España lo que fueron en otro tiempo, y lo que ahora son las de Alemania; el emporio de las ciencias; el foco luminoso de donde parten los sistemas, las doctrinas, las teorías; el palenque donde estas

combaten entre sí, para depurar sus errores y dar nuevo vigor á sus verdades. ¿Pero cuál es el camino que hoy puede conducir á los profesores á tan alta gloria? ¿Cuál la direccion mas provechosa que deben dar á sus estudios para el adelanto sólido de las ciencias? Para trazar esta direccion es menester conocer la que han seguido hasta ahora; los resultados á que ha conducido; el actual estado de las ciencias.

Quando establecidos sólidamente los bárbaros del norte en los países conquistados y amansadas sus feroces costumbres, comenzó la Europa á salir de la noche de ignorancia en que la irrupcion de aquellos la sumió, llenáronla de admiracion los monumentos científicos y literarios de la antigüedad, que á duras penas habian escapado de la universal desolacion. Su hallazgo era de un precio inestimable para la nueva civilizacion, que, todavía en su infancia, se hubiera visto precisada sin él á comenzar de nuevo el lento y penoso trabajo de crear la literatura y las ciencias. Por eso al descubrir la preciosa herencia que la antigua civilizacion le habia legado, conoció su inmenso valor, y se consagró enteramente á explotarla. Sus débiles fuerzas aparecian todavía mas flacas á sus propios ojos al compararlas con las obras maestras de la antigüedad; y su ambicion no osaba aspirar mas que á imitar á los antiguos en literatura, y á comprenderlos en las ciencias. Se leía con entusiasmo á Homero y á Virgilio, se estudiaba con admiracion á Aristóteles y á Platon, se comentaba prolijamente el cuerpo del derecho romano y las decretales de los Papas, y se esplicaba á Hipócrates y á Galeno con fe

ciega en sus aforismos. Tal es el cuadro de los conocimientos humanos en Europa en los primeros siglos que siguieron al renacimiento de las letras. Pedro Lombardo hermanaba la filosofía aristotélica con la teología cristiana, y sustituía el método escolástico y la argumentación silogística á la varonil elocuencia de los primitivos padres de la Iglesia: Irnerio escribía las primeras glosas marginales del *Corpus juris*, y Graciano compilaba los decretos de los Papas. Los grandes ingenios de aquellos siglos jamás aspiraron á sobrepujar á sus maestros: mirábanlos como la única fuente de sus conocimientos, y no creían que hubiese otro camino para el adelanto de las ciencias sino el de explicarlos y comentarlos. Y en efecto, cuando la mas crasa ignorancia dominaba en toda Europa, cuando las instituciones sociales se hallaban todavía en su infancia, cuando las lenguas, instrumento necesario de la literatura y de las ciencias, comenzaban á formarse ¿qué otro camino mas seguro que el de avivar la imaginación con la lectura de los antiguos, nutrir el entendimiento con su estudio, y ejercitar el ingenio con su interpretación? ¿Qué inmenso servicio no prestaron á la literatura y á las ciencias los primeros que, sin arredrarse por la magnitud de la empresa, privados de los auxilios, ó mejor diré, de los instrumentos necesarios de la gramática, de la historia, de la arqueología y de la crítica, acometieron la interpretación de los poetas, de los filósofos, de los jurisconsultos y de los médicos de la antigüedad? Lejos de nosotros el injusto menosprecio con que han sido mirados, echándoles en cara los errores en que incurrieron,

como si en aquellos siglos les hubiese sido dable evitarlos. Vulgaridad imperdonable ha sido en algunos escritores de los últimos siglos censurar con amarga ironía aquellos errores, sin hacer la debida justicia á su actividad, á su laboriosidad, á su viváz ingenio.

El siglo XIII comenzó á recoger el fruto de aquellos trabajos; y Raymundo Lulio, Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Accursio no se limitan como sus predecesores al papel de meros comentaristas, sino que aspirando ya á cierta originalidad, escogen, ordenan, metodizan cuanto aquellos habían enseñado, y escriben algunos de ellos sus famosas *Sumas* para el uso de las escuelas. Sabidas son las causas que en el siglo XV favorecieron el estudio de la antigüedad y prepararon el admirable grado de perfección á que en el XVI llegaron la literatura, la filología, la historia, la teología y la jurisprudencia. Todavía nos llena de asombro la vasta y profunda erudición de los Erasmos, Justos Lipsios y Arias Montanos, de los Baronios, Belarminos y Petavios, de los Cuyacios, Gregorios Lopez, y Agustines. Estos grandes ingenios habían llegado á comprender la antigüedad: el estudio de esta no podía bastar por sí solo para los adelantos de las ciencias: exigían estas ya que su cultivo no se encerrase en los límites del estudio histórico y erudito, sino que participando del espíritu filosófico é investigador se lanzase en busca de nuevas verdades. Luis Vives, Galileo y otros precoces entendimientos rompieron las trabas con que la filosofía escolástica y peripatética tenía encadenados los ingenios, y al verse estos libres de ellas, cayeron (pues tal es la

condicion del hombre) en el extremo opuesto, dando rienda suelta á su lozanía, lanzándose en el campo de las hipótesis y de los sistemas *à priori*, menospreciando en-todo la autoridad, y corriendo presurosos en busca de innovaciones. Esta rebelion contra la autoridad, esta supremacia de la razon individual produjo en teologia los perniciosos errores del protestantismo; en política la Utopia de Tomás Moro y la República de Bodin; en fisica los átomos de Gasendo y los torbellinos de Descartes; y aunque Bacon de Verulamio mostró el único camino que conduce á la verdad, era este harto lento para que se sujetasen de buen grado á seguirlo los que anhelaban gozar sin límites de la libertad de pensamiento que acababan de conquistar.

Llegó el siglo XVIII y en él tomaron diversos y aun opuestos rumbos las ciencias exactas y naturales y las políticas y morales. La observacion y la esperiencia, camino señalado por el gran Bacon, eran fáciles en las primeras, porque los fenómenos de la naturaleza obran sobre los sentidos del hombre y se repiten con frecuencia, ó á voluntad de este que puede someterlos al análisis y al estudio: pero los fenómenos morales y sociales requieren profundidad de ingenio para ser comprendidos, y largo transcurso de siglos para observar completamente sus consecuencias. Las leyes de la naturaleza fisica obran sobre cuerpos sometidos ciegamente á ellas, por lo que las mismas causas producen siempre los mismos efectos; pero las del órden moral obran sobre el hombre dotado de libre albedrío y sujeto á mil influencias fisicas y sociales, que es forzoso examinar y

comparar para discurrir con acierto acerca de aquellas. De aquí dimanó que las ciencias exactas y naturales abandonasen las hipótesis y sistemas imaginarios, y comenzasen á caminar por el buen sendero de la observacion y la esperiencia; mientras las ciencias políticas y morales, olvidando los estudios históricos, base sólida de sus adelantos, se entregaban esclusivamente á merced del espíritu filosófico, que negando y satirizando con Voltaire la autoridad de la verdad revelada; sometiendo á discusion con Rousseau las bases del órden social que los utopistas del siglo anterior habian respetado; formulando con Filangieri y Beccaria la ciencia del derecho con arreglo á principios abstractos, sin tener en cuenta los hábitos, las costumbres y las tradiciones del país, aspiraba á renovar enteramente la sociedad. El estado de esta favoreció y aun despertó en cierto modo los proyectos del nuevo espíritu filosófico. Varias causas que no es ahora ocasion de examinar habian promovido extraordinariamente el desarrollo de la civilizacion intelectual y material de Europa, al paso que su organizacion social permanecia estacionaria. De aquí la disonancia entre algunas instituciones políticas y la opinion, entre la legislacion y las costumbres: de aquí una desazon y mal estar que avivaban los escritores con sus declamaciones: de aquí el deseo de intentar las reformas y probar los remedios que aquellos señalaban como término de los padecimientos públicos.

La Francia, donde la nueva escuela filosófica habia contado sus primeros adalides y hecho mayor número de prosélitos, era tambien la mas á propósito, por el

ingenio vivo y carácter entusiasta de sus naturales, para ensayar y reducir á práctica los brillantes sistemas que á la sazón gozaban de tanto crédito en el mundo literario. Pronto deparó ocasion oportuna para ello la Proviencia, como si quisiera confundir la loca audacia de los que desconociendo su obra secular en la civilizacion de un pueblo, creyeron que estaba en sus manos echarla por tierra, y darle á su antojo nueva forma, como la da el alfarero al barro informe. Religion, Trono, legislacion, costumbres públicas y privadas, cuanto habia ido labrando lentamente el transcurso de largos siglos, todo vino al suelto á los golpes del hacha revolucionaria. Sobre los escombros de lo pasado se edificó la obra que la filosofía habia diseñado; mas apenas puesta la última piedra, se desplomó sobre sus autores, sin que el entusiasmo de los corazones, ni la fuerza de los talentos, ni los crímenes atroces, ni las virtudes sublimes, ni el genio y la fortuna portentosa del mayor capitán que han visto los siglos, fuesen parte á darle estabilidad y firmeza. Miráronse atónitos los discípulos de los artífices que la habian dirigido, y comprendieron cuán frágiles y deleznable eran los cimientos sobre que la habian asentado. Los sistemas filosóficos egjercieron una accion poderosísima sobre las catástrofes políticas de Francia, y estas egjercieron una reaccion igual sobre los sistemas filosóficos. Conocióse entonces que, estraviándose estos del buen camino, habian estraviado consigo las ciencias políticas y morales; y el siglo XIX, convencido de que el único que conduce á la verdad así en las ciencias políticas y morales como en las exactas y

naturales es el de la observacion y la esperiencia, ha restaurado con afán los estudios históricos, único campo de observacion y de esperiencia para aquellas. La filosofía racional, la teología, la jurisprudencia, la política, todas recorren los anales de lo pasado; todas examinan con imparcial criterio los hechos, las doctrinas, los sistemas que precedieron, para entresacar de ellos lecciones provechosas. Los estudios históricos predominan hoy en Alemania, en Francia, en Inglaterra, y han comenzado á despuntar en España. A generalizarlos entre nosotros, á robustecerlos deben encaminarse los esfuerzos de los profesores; y estén seguros de que cultivándolos con esmero alcanzarán no pequeña gloria, y harán un servicio todavía mayor á las ciencias.

Mas no se crea que al dar esta importancia á los estudios históricos, pretendemos que el entendimiento humano se encierre en el campo de lo pasado. No desconocemos que la razon humana es de suyo progresiva, y que cada siglo añade nuevas verdades á las que recibió del anterior. Por eso queremos que se estudie lo pasado, no para copiarlo ni aun para imitarlo servilmente, sino para que su conocimiento nos aclare lo presente y nos sirva de guia en lo porvenir: para que nos descubra la marcha que ha seguido la inteligencia humana en el estudio de las ciencias, y los resultados que ha obtenido: para que nos muestre las causas del adelanto ó retroceso de la civilizacion de los pueblos, los elementos que han concurrido á la de cada uno, su influjo y sus efectos, y la direccion provechosa que puede dárseles: queremos, en una palabra, que los estudios históricos sean la

base y fundamento sobre que las ciencias edifiquen sólidamente sus ulteriores adelantos.

¿Cómo podría caminar con acierto la filosofía racional en la investigación de las importantísimas verdades relativas á las facultades intelectuales y morales del alma humana, á su naturaleza y destino, á la moralidad de sus acciones, á la existencia y atributos de Dios, si no trajese á exámen todos los sistemas que han profesado las varias escuelas antiguas y modernas; y comparándolos entre sí, analizase los principios de donde partían, el método que seguían, las consecuencias á que llegaban, el influjo que ejercieron en el hombre y la sociedad, sus efectos en la civilization; é ilustrada por este análisis, refutase sus errores, y entresacase de cada cual las verdades que acaso contenga, para fundar sobre ellas sus ulteriores trabajos? Aunque en la filosofía natural no sean de tanto valor los estudios históricos para explicar los fenómenos que diariamente se repiten á la vista del hombre, es indudable que á ellos se deben gran parte de los adelantos que la geografía, la historia natural, la cosmogonía han hecho en estos últimos tiempos.

¿Y qué diré de la teología cuya doctrina reposa principalmente sobre los libros santos? ¿qué otra cosa son estos sino la historia moral del género humano desde su creacion hasta su redencion? ¿Cómo distinguir las tradiciones apostólicas, y conocer las decisiones de los concilios y los decretos de los Papas y la doctrina de los Padres, sino estudiando incesantemente la historia de la Iglesia, de sus combates, de sus triunfos, de su

disciplina? Reposando esta ciencia divina exclusivamente en la autoridad, tiene en lo pasado sus principales fuentes, y á ellas deberá acudir el que desee nutrir su espíritu con aquella pura y vigorosa doctrina que brilla en los libros santos y en los escritos de los Padres de la Iglesia. Mas no crea el verdadero teólogo que su mision está reducida á esplicar el dogma á los fieles y á dirigir sus conciencias. La mision grande, noble, sublime del teólogo es combatir contra los errores que desde los primeros siglos de la Iglesia no han cesado de atacarla. Ved aquí porque la teología ortodoxa, aunque inmóvil en su doctrina, ha sido variable y flexible en sus formas, acomodándose en ellas al gusto de cada siglo y á las que tomaban los enemigos con quienes habia de combatir. Elocuente y entusiasta en boca de los Ciprianos, Crisóstomos, Ambrosios y Agustines; escolástica y sutil en los escritos de los Lombardos, Aquinos y Scotos; erudita en las obras de los Belarminos y Petavios; filosófica y razonadora en los discursos de los Bossuets.

¿Y cuál es el lado por donde la impiedad ataca hoy con mas empeño á la Iglesia católica, y adonde habrán de acudir á sostenerla los que aspiren á ocupar un puesto distinguido entre los teólogos del siglo XIX? el lado histórico. Cuando la filosofía del siglo pasado aspiró á purgar la sociedad de los males que la aquejaban, atribuyó á la Iglesia católica no pequeña parte en ellos, y comprendióla por tanto en la proscripcion lanzada contra el antiguo régimen político. Tenidos entonces en poca estima los estudios históricos, pudieron fácilmente los que marchaban al frente de aquella escuela escoger

algunos hechos, vestirlos á su modo, y presentarlos como una prueba de que la Iglesia, interesada en sostener la ignorancia y fanatismo y en perpetuar abusos, había encadenado la inteligencia y opuesto firmes barreras á los progresos de la civilizacion. Ocupadas ahora las ciencias morales y políticas en reconstruir sobre bases sólidas el orden social, investigan con laboriosidad y celo cuantos elementos han favorecido ó perjudicado á los progresos de la civilizacion; y los enemigos de la Iglesia católica, con infatigable perseverancia en su plan, han esforzado aquellas acusaciones contra ella. Llegado es por tanto el caso de que los celosos adalides del catolicismo salgan á su defensa en el mismo campo en que se le ataca, y estudiando filosóficamente la historia, destruyan las acusaciones de los discípulos de Voltaire y de Gibbon, y demuestren los inmensos beneficios que el catolicismo ha hecho á la civilizacion, realzando la dignidad moral del hombre, aboliendo lentamente y sin reacciones sangrientas la esclavitud, cimentando la familia sobre la santidad é indisolubilidad del matrimonio, fundando la caridad y beneficencia públicas y privadas, fomentando en la edad media el estudio de las ciencias y el renacimiento de las artes, templando la dureza del feudalismo, corrigiendo el derecho romano y acomodándolo á las suaves máximas del evangelio, manteniendo en fin cierta unidad en la sociedad cristiana, que por la ruina del imperio romano se vió fraccionada en cien pueblos de origen, costumbres, idiomas é intereses diversos. ¡Qué abundantísima mina de argumentos en favor del catolicismo! Pocos han trabajado en ella hasta

ahora, y sus riquezas brindan con duradera gloria á los que sepan explotarla. «El estudio de la historia de la Iglesia católica en sus relaciones con la civilizacion deja todavía mucho que desear, dice uno de los escritores que honran á España en la actualidad (1). Y no es que sobre la historia de la Iglesia no se hayan hecho estudios profundos; sino que desde que se ha desplegado el espíritu de análisis social, no ha sido todavía objeto de aquellos trabajos admirables que tanto la ilustraron bajo el aspecto dogmático y crítico.»

Si de la teología pasamos á la ciencia del derecho, no es menor en ella la necesidad de cultivar con esmero los estudios históricos. Dos objetos distintos, aunque mutuamente enlazados entre sí, se propone esta ciencia. La inteligencia é interpretacion de la legislacion vigente, y su mejora y reforma progresivas. Lo primero no puede alcanzarse sin el estudio histórico. El que ignore la época de una ley, los motivos de su publicacion, las doctrinas y creencias que influyeron en ella, con dificultad llegará á penetrar su espíritu, para conservarlo al aplicarla á los casos que ocurran. Sube de punto la necesidad del estudio histórico en aquellos paises como el nuestro, en que la legislacion no ha sido refundida en un solo cuerpo cuyas partes guarden entre sí la debida trabazon y armonía; antes bien se halla esparcida por difusas compilaciones, donde cada siglo ha ido depositando su respectivo tributo. ¿Quién sino iluminado

(1) Balmes. *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap. XIII.

por la antorcha de la historia podrá penetrar en este arsenal inmenso donde se hallan hacinadas armas de todas clases y de todas edades, y entresacar de ellas las mas acomodadas á los tiempos presentes para acometer á su adversario ó defenderse? El estudio histórico de nuestra legislacion es tanto mas importante cuanto que habiendo dominado casi esclusivamente el derecho romano en las escuelas y en el foro, ha sido aquella mirada con desden. Entre el gran número de escritores de claro entendimiento y vasta erudicion que han enriquecido nuestra jurisprudencia con sus obras, hay muy pocos que hayan publicado trabajos importantes sobre la legislacion peculiar de España, y aun estos mas bien se propusieron conciliarla con la romana, haciendo alarde de sutil ingenio, que explicarla é ilustrarla buscando su origen en los usos y costumbres nacionales. Leed los comentarios de Alonso Diaz de Montalvo al Fuero Real, los de Diego Perez á las Ordenanzas de Castilla, los de Antonio Gomez á las Leyes de Toro, y encontrareis unos tratados de derecho romano, aunque apenas tienen punto alguno de contacto con él las leyes que comentaban. Hasta los que escribieron obras especiales sobre puntos desconocidos enteramente en el derecho romano, como mayorazgos, censos, mejoras, acudieron á buscar en él la fuente de su doctrina y la norma de sus decisiones.

No se crea por esto que miro el estudio del derecho romano con el injusto desden con que fue mirado por la escuela filosófica del siglo pasado, antes bien creo que por la profundidad de las máximas que contienen los

escritos de los jurisconsultos cuyos fragmentos nos transmitió Justiniano, y por haber entrado como uno de los principales elementos en la formacion del derecho privado de casi toda Europa, su estudio será siempre necesario á los que aspiren al título de verdaderos jurisconsultos. Mas para que este estudio no se convierta en daño, es preciso que lejos de ahogar el de la legislacion patria, le sirva de antorcha; y lejos de hacerla esclava de la romana, la mire como hija y heredera que se propone mejorar el rico patrimonio que de aquella recibió.

Para llenar la ciencia del derecho este segundo objeto, á saber, la mejora y reforma progresiva de la legislacion, no son de menos importancia los estudios históricos. La ciencia de la legislacion es de aplicacion: recibe de la moral, de la filosofia, del derecho, de la economia política las verdades que respectivamente descubren y demuestran estas ciencias, y se encarga de aplicarlas al régimen de la sociedad. Mas al hacer esta aplicacion ha de tener en cuenta las tradiciones, los hábitos, las costumbres, las creencias de cada pueblo; so pena de caminar á ciegas tropezando á cada paso con obstáculos imprevistos, y de obtener resultados diferentes ó quizá opuestos á los que intentaba. Así como el mecánico ha de modificar las fórmulas abstractas de la ciencia tomando en cuenta el rozamiento de las máquinas y la resistencia de los medios, así el legislador ha de consultar la historia para modificar segun sus lecciones los resultados de la ciencia abstracta. «La ciencia de la legislacion, dice un distinguido jurisconsulto

de nuestros días (1), no tiene otro objeto que el de armonizar estos intereses opuestos é impulsos encontrados (los del individualismo y la sociabilidad) y encaminarlos á un punto, al desenvolvimiento intelectual, material y social, esto es, á la mejor y mas cumplida civilizacion. La filosofía es por ello su maestra, y la historia la antorcha que la ilumina: desviándose de alguna de estas dos guías su extravío es inevitable. Sin el conocimiento del hombre fáltale el fundamento vivo sobre que ha de operar: sin el de las sociedades imposible es que determine su accion, que perciba su curso."

Tal vez juzgarán muchos á primera vista que la medicina, como hija de la filosofía natural, para nada necesita registrar sus anales históricos, y que solo el estudio de las teorías actuales basta para partir de ellas en busca de nuevas verdades. No será tal ciertamente la opinion de los que hayan profundizado en esta ciencia, á quienes no puede ocultarse, que quizá mas que ninguna otra necesita ir caminando apoyada en la observacion y experiencia de los siglos pasados, para no precipitarse en los funestos errores que el falso espíritu de innovacion ha acarreado muchas veces con sus sistemas. Inventada por la necesidad y sostenida por el empirismo, la ciencia de curar no llegó á ofrecer un cuerpo regular de doctrina hasta que el famoso Hipócrates, tan hábil médico como buen naturalista, conoció que la medicina, verdadera rama de la ciencia natural, debía seguir el

(1) Scijas Lozano.—*Teoría de las instituciones judiciares*, tomo 2.º, introduccion.

método que facilitaba los progresos en todas las demás. Comprendió que esta ciencia es mas de hechos que de teorías, mas de observacion que de raciocinio; y de aquí la gran seguridad que alcanzó en formular los preceptos del arte.

Las mudanzas en los sistemas generales de la filosofía que tanto han influido en todas las ciencias, dieron origen entre los médicos á diversas sectas mas ó menos famosas; y como los progresos de los diferentes ramos que constituyen los estudios médicos obligaron á modificar las ideas de Hipócrates acerca de las enfermedades y su curacion, levantáronse á porfia los sistemas químicos, dinámicos, mecánicos, vitalistas &c. escudados y autorizados por hombres célebres en sus tiempos respectivos. Empero si la historia consigna los nombres de Paracelso, Borelli, Van-Helmont y otros inventores de brillantes teorías en gracia de su ingenio y de su mismo crédito, conserva y estima mas los de aquellos médicos que sin prescindir de los conocimientos de su siglo, guardaron fielmente el legado de Hipócrates y adelantaron en observacion y en esperiencia. Así es que pocos conocen á un Asclepiades ó á un Temison, al paso que son leídas y estudiadas las obras de un Areteo, un Baglivio, un Sidenham, un Boerhaave, un Piquer, un Pinel y un Hufeland. Esta señalada preferencia que la historia contemporánea da á los hombres de un elevado mérito práctico sobre los de gran reputacion teórica, es la censura mas severa que puede recaer sobre los que han estraviado la ciencia con sus imaginarios sistemas, y la prueba mas obvia de que solo uniendo la

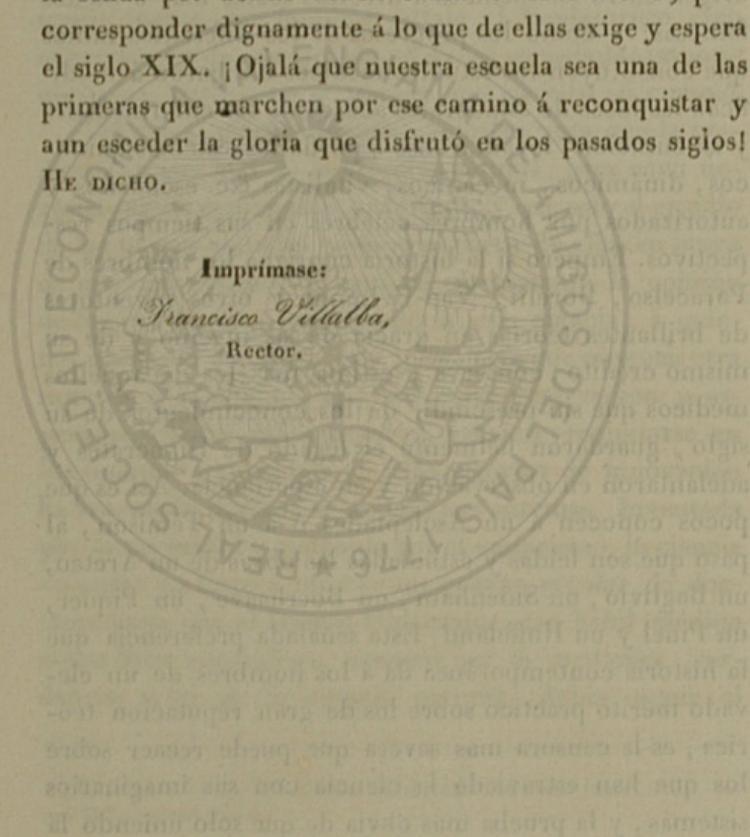
observacion y la esperiencia de cada siglo á la observacion y la esperiencia de los pasados, es como puede elevarse á su verdadero y sólido esplendor. Para ello es fuerza volver al estudio, algo descuidado, de los autores clásicos, sagrado depósito de los preceptos mas seguros del arte de curar.

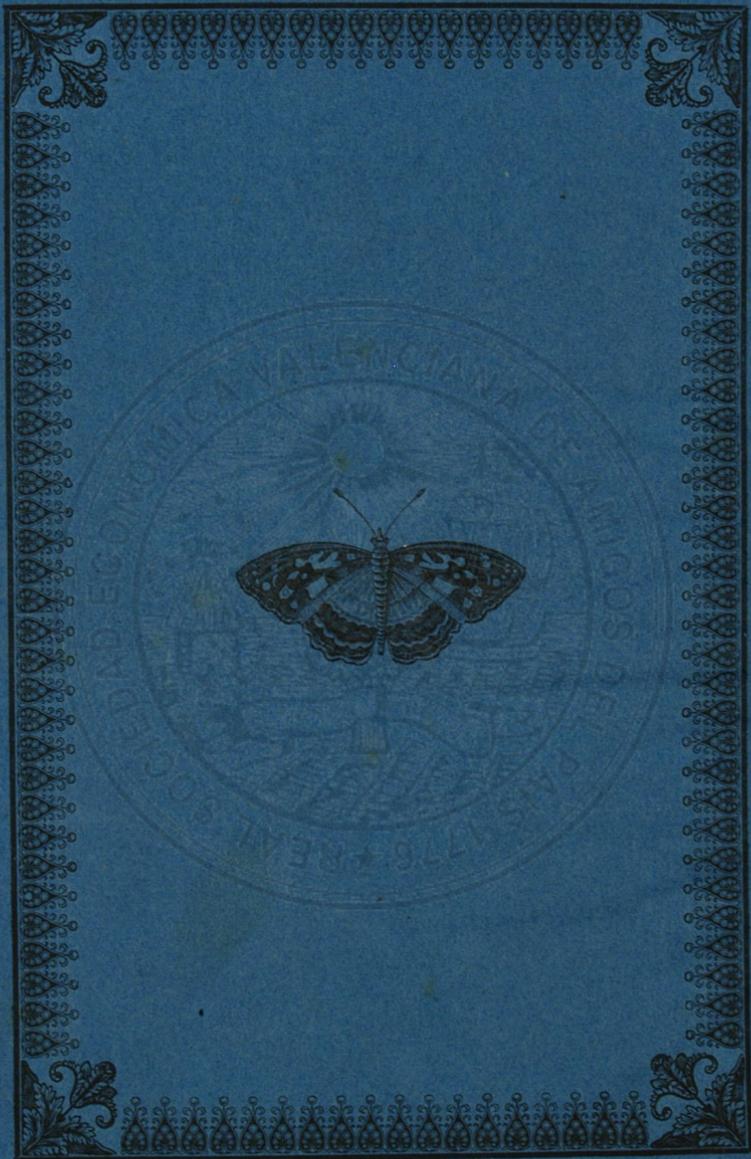
Ved aquí trazada, aunque en brevísimas palabras, la senda por donde deben caminar las ciencias, para corresponder dignamente á lo que de ellas exige y espera el siglo XIX. ¡Ojalá que nuestra escuela sea una de las primeras que marchen por ese camino á reconquistar y aun esceder la gloria que disfrutó en los pasados siglos!
HE DICHO.

Imprimase:

Francisco Villalba,

Rector.





APERTURA

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

en 1.º de Noviembre de 1845.

DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA APERTURA

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

el día 1.º de Noviembre de 1845

PRONUNCIÓ

el Dr. D. Antonio Rodríguez de Cepeda,
Sustituto encargado de la Cátedra de tercer año de Juris-
prudencia.



IMPRESION DE D. BENTTO MONTORI.



SEÑORES:



CUÁN grato es al corazón venir á olvidar hoy en este pacífico recinto el bramido de las pasiones políticas que chocan y combaten enfurecidas en nuestra desgraciada patria! ¡Cuán dulce contemplar esta multitud de jóvenes que ansiosos de saber, y aguijoneados por el noble estímulo de la gloria literaria, acuden presurosos á consagrar al estudio los años mas floridos de su vida! Mas ¡cuán grave es tambien el peso que echamos sobre nuestros hombros al aceptar del Gobierno de S. M. la honrosa pero difícil tarea de la enseñanza! ¡al sentarnos en este sitio donde se sentaron esos varones eminentes en doctrina, cuyos

retratos nos fueron legados como testimonio de gratitud y prenda de emulacion! Ellos nos traen á la memoria aquellos tiempos en que las Universidades de España ocupaban uno de los primeros lugares entre las de Europa; en que sus profesores eran llamados á las córtes estrangeras, y consultados por los Reyes y los Papas, y escuchados con admiracion en los concilios. Ellos con su muda presencia nos recuerdan las glorias científicas de nuestra patria, y nos reprenden por haberlas dejado empañar, y nos exhortan á que imitando su ejemplo les volvamos su lustre y esplendor. ¿Quién al mirarlos no siente nacer en su pecho la mas noble emulacion, y no se duele de la postracion y abatimiento en que yacen nuestras Universidades y no anhela por verlas recobrar su antigua nombradía? Ardua es la empresa, pero no imposible. Al Gobierno toca prepararla y suministrar los medios: llevarla á cabo incumbe á los profesores. Para desempeñar dignamente este honroso ministerio, no basta decorar ante los discípulos lo que se aprendió en los libros: es menester afanarse por colocar siquiera una piedra en el magnífico edificio de las ciencias, que al través de los siglos va labrando el ingenio humano: es menester remontarse á los principios de cada una, conocer su actual estado, señalar el camino por donde debe marchar, y conducir por él á los discípulos, sirviéndoles de guia. De este modo volverán á ser las Universidades de España lo que fueron en otro tiempo, y lo que ahora son las de Alemania; el emporio de las ciencias; el foco luminoso de donde parten los sistemas, las doctrinas, las teorías; el palenque donde estas

combaten entre sí, para depurar sus errores y dar nuevo vigor á sus verdades. ¿Pero cuál es el camino que hoy puede conducir á los profesores á tan alta gloria? ¿Cuál la direccion mas provechosa que deben dar á sus estudios para el adelanto sólido de las ciencias? Para trazar esta direccion es menester conocer la que han seguido hasta ahora; los resultados á que ha conducido; el actual estado de las ciencias.

Cuando establecidos sólidamente los bárbaros del norte en los países conquistados y amansadas sus feroces costumbres, comenzó la Europa á salir de la noche de ignorancia en que la irrupcion de aquellos la sumió, llenáronla de admiracion los monumentos científicos y literarios de la antigüedad, que á duras penas habian escapado de la universal desolacion. Su hallazgo era de un precio inestimable para la nueva civilizacion, que, todavía en su infancia, se hubiera visto precisada sin él á comenzar de nuevo el lento y penoso trabajo de crear la literatura y las ciencias. Por eso al descubrir la preciosa herencia que la antigua civilizacion le habia legado, conoció su inmenso valor, y se consagró enteramente á explotarla. Sus débiles fuerzas aparecian todavía mas flacas á sus propios ojos al compararlas con las obras maestras de la antigüedad; y su ambicion no osaba aspirar mas que á imitar á los antiguos en literatura, y á comprenderlos en las ciencias. Se leía con entusiasmo á Homero y á Virgilio, se estudiaba con admiracion á Aristóteles y á Platon, se comentaba prolijamente el cuerpo del derecho romano y las decretales de los Papas, y se esplicaba á Hipócrates y á Galeno con fe

ciega en sus aforismos. Tal es el cuadro de los conocimientos humanos en Europa en los primeros siglos que siguieron al renacimiento de las letras. Pedro Lombardo hermanaba la filosofía aristotélica con la teología cristiana, y sustituía el método escolástico y la argumentación silogística á la varonil elocuencia de los primitivos padres de la Iglesia: Irnerio escribía las primeras glosas marginales del *Corpus juris*, y Graciano compilaba los decretos de los Papas. Los grandes ingenios de aquellos siglos jamás aspiraron á sobrepujar á sus maestros: mirábanlos como la única fuente de sus conocimientos, y no creían que hubiese otro camino para el adelanto de las ciencias sino el de explicarlos y comentarlos. Y en efecto, cuando la mas crasa ignorancia dominaba en toda Europa, cuando las instituciones sociales se hallaban todavía en su infancia, cuando las lenguas, instrumento necesario de la literatura y de las ciencias, comenzaban á formarse ¿qué otro camino mas seguro que el de avivar la imaginación con la lectura de los antiguos, nutrir el entendimiento con su estudio, y ejercitar el ingenio con su interpretación? ¿Qué inmenso servicio no prestaron á la literatura y á las ciencias los primeros que, sin arredrarse por la magnitud de la empresa, privados de los auxilios, ó mejor diré, de los instrumentos necesarios de la gramática, de la historia, de la arqueología y de la crítica, acometieron la interpretación de los poetas, de los filósofos, de los jurisconsultos y de los médicos de la antigüedad? Lejos de nosotros el injusto menosprecio con que han sido mirados, echándoles en cara los errores en que incurrieron,

como si en aquellos siglos les hubiese sido dable evitarlos. Vulgaridad imperdonable ha sido en algunos escritores de los últimos siglos censurar con amarga ironía aquellos errores, sin hacer la debida justicia á su actividad, á su laboriosidad, á su viváz ingenio.

El siglo XIII comenzó á recoger el fruto de aquellos trabajos; y Raymundo Lulio, Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Accursio no se limitan como sus predecesores al papel de meros comentaristas, sino que aspirando ya á cierta originalidad, escogen, ordenan, metodizan cuanto aquellos habían enseñado, y escriben algunos de ellos sus famosos *Sumas* para el uso de las escuelas. Sabidas son las causas que en el siglo XV favorecieron el estudio de la antigüedad y prepararon el admirable grado de perfección á que en el XVI llegaron la literatura, la filología, la historia, la teología y la jurisprudencia. Todavía nos llena de asombro la vasta y profunda erudición de los Erasmos, Justos Lipsios y Arias Montanos, de los Baronios, Belarminos y Petavios; de los Cuyacios, Gregorios Lopez, y Agustines. Estos grandes ingenios habían llegado á comprender la antigüedad: el estudio de esta no podía bastar por sí solo para los adelantos de las ciencias: exigían estas ya que su cultivo no se encerrase en los límites del estudio histórico y erudito, sino que participando del espíritu filosófico é investigador se lanzase en busca de nuevas verdades. Luis Vives, Galileo y otros precoces entendimientos rompieron las trabas con que la filosofía escolástica y peripatética tenia encadenados los ingenios, y al verse estos libres de ellas, cayeron (pues tal es la

condicion del hombre) en el extremo opuesto, dando rienda suelta á su lozanía, lanzándose en el campo de las hipótesis y de los sistemas *a priori*, menospreciando en todo la autoridad, y corriendo presurosos en busca de innovaciones. Esta rebelion contra la autoridad, esta supremacia de la razon individual produjo en teología los perniciosos errores del protestantismo; en política la Utopía de Tomás Moro y la República de Bodin; en física los átomos de Gasendo y los torbellinos de Descartes; y aunque Bacon de Verulamio mostró el único camino que conduce á la verdad, era este harto lento para que se sujetasen de buen grado á seguirlo los que anhelaban gozar sin limites de la libertad de pensamiento que acababan de conquistar.

Llegó el siglo XVIII y en él tomaron diversos y aun opuestos rumbos las ciencias exactas y naturales y las políticas y morales. La observacion y la experiencia, camino señalado por el gran Bacon, eran fáciles en las primeras, porque los fenómenos de la naturaleza obran sobre los sentidos del hombre y se repiten con frecuencia, ó á voluntad de este que puede someterlos al análisis y al estudio: pero los fenómenos morales y sociales requieren profundidad de ingenio para ser comprendidos, y largo transcurso de siglos para observar completamente sus consecuencias. Las leyes de la naturaleza física obran sobre cuerpos sometidos ciegamente á ellas, por lo que las mismas causas producen siempre los mismos efectos; pero las del orden moral obran sobre el hombre dotado de libre albedrio y sujeto á mil influencias físicas y sociales, que es forzoso examinar y

comparar para discurrir con acierto acerca de aquellas. De aquí dimanó que las ciencias exactas y naturales abandonasen las hipótesis y sistemas imaginarios, y comenzasen á caminar por el buen sendero de la observacion y la experiencia; mientras las ciencias políticas y morales, olvidando los estudios históricos, base sólida de sus adelantos, se entregaban esclusivamente á merced del espíritu filosófico, que negando y satirizando con Voltaire la autoridad de la verdad revelada; sometiéndolo á discusión con Rousseau las bases del orden social que los utopistas del siglo anterior habian respetado; formulando con Filangieri y Beccaria la ciencia del derecho con arreglo á principios abstractos, sin tener en cuenta los hábitos, las costumbres y las tradiciones del pais, aspiraba á renovar enteramente la sociedad. El estado de esta favoreció y aun despertó en cierto modo los proyectos del nuevo espíritu filosófico. Varias causas que no es ahora ocasion de examinar habian promovido extraordinariamente el desarrollo de la civilizacion intelectual y material de Europa, al paso que su organizacion social permanecia estacionaria. De aquí la disonancia entre algunas instituciones políticas y la opinion, entre la legislacion y las costumbres: de aquí una desazon y mal estar que avivaban los escritores con sus declamaciones: de aquí el deseo de intentar las reformas y probar los remedios que aquellos señalaban como término de los padecimientos públicos.

La Francia, donde la nueva escuela filosófica habia contado sus primeros adalides y hecho mayor número de prosélitos, era tambien la mas á propósito, por el

ingenio vivo y carácter entusiasta de sus naturales, para ensayar y reducir á práctica los brillantes sistemas que á la sazón gozaban de tanto crédito en el mundo literario. Pronto deparó ocasion oportuna para ello la Providencia, como si quisiera confundir la loca audacia de los que desconociendo su obra secular en la civilizacion de un pueblo, creyeron que estaba en sus manos echarla por tierra, y darle á su antojo nueva forma, como la da el alfarero al barro informe. Religion, Trono, legislacion, costumbres públicas y privadas, cuanto habia ido labrando lentamente el transcurso de largos siglos, todo vino al suelo á los golpes del hacha revolucionaria. Sobre los escombros de lo pasado se edificó la obra que la filosofia habia diseñado; mas apenas puesta la última piedra, se desplomó sobre sus autores, sin que el entusiasmo de los corazones, ni la fuerza de los talentos, ni los crímenes atroces, ni las virtudes sublimes, ni el genio y la fortuna portentosa del mayor capitán que han visto los siglos, fuesen parte á darle estabilidad y firmeza. Miráronse atónitos los discípulos de los artifices que la habian dirigido, y comprendieron cuán frágiles y deleznales eran los cimientos sobre que la habian asentado. Los sistemas filosóficos egercieron una accion poderosísima sobre las catástrofes políticas de Francia, y estas egercieron una reaccion igual sobre los sistemas filosóficos. Conocióse entonces que, estraviándose estos del buen camino, habian estraviado consigo las ciencias políticas y morales; y el siglo XIX, convencido de que el único que conduce á la verdad así en las ciencias políticas y morales como en las exactas y

naturales es el de la observacion y la esperiencia, ha restaurado con afán los estudios históricos, único campo de observacion y de esperiencia para aquellas. La filosofia racional, la teología, la jurisprudencia, la política, todas recorren los anales de lo pasado; todas examinan con imparcial criterio los hechos, las doctrinas, los sistemas que precedieron, para entresacar de ellos lecciones provechosas. Los estudios históricos predominan hoy en Alemania, en Francia, en Inglaterra, y han comenzado á despuntar en España. A generalizarlos entre nosotros, á robustecerlos deben encaminarse los esfuerzos de los profesores; y estén seguros de que cultivándolos con esmero alcanzarán no pequeña gloria, y harán un servicio todavia mayor á las ciencias.

Mas no se crea que al dar esta importancia á los estudios históricos, pretendemos que el entendimiento humano se encierre en el campo de lo pasado. No desconocemos que la razon humana es de suyo progresiva, y que cada siglo añade nuevas verdades á las que recibió del anterior. Por eso queremos que se estudie lo pasado, no para copiarlo ni aun para imitarlo servilmente, sino para que su conocimiento nos aclare lo presente y nos sirva de guia en lo porvenir: para que nos descubra la marcha que ha seguido la inteligencia humana en el estudio de las ciencias, y los resultados que ha obtenido: para que nos muestre las causas del adelanto ó retroceso de la civilizacion de los pueblos, los elementos que han concurrido á la de cada uno, su influjo y sus efectos, y la direccion provechosa que puede dáseles: queremos, en una palabra, que los estudios históricos sean la

base y fundamento sobre que las ciencias edifiquen sólidamente sus ulteriores adelantos.

¿Cómo podría caminar con acierto la filosofía racional en la investigación de las importantísimas verdades relativas á las facultades intelectuales y morales del alma humana, á su naturaleza y destino, á la moralidad de sus acciones, á la existencia y atributos de Dios, si no trajese á exámen todos los sistemas que han profesado las varias escuelas antiguas y modernas; y comparándolos entre sí, analizase los principios de donde partían, el método que seguían, las consecuencias á que llegaban, el influjo que ejercieron en el hombre y la sociedad, sus efectos en la civilización; é ilustrada por este análisis, refutase sus errores, y entresacase de cada cual las verdades que acaso contenga, para fundar sobre ellas sus ulteriores trabajos? Aunque en la filosofía natural no sean de tanto valor los estudios históricos para explicar los fenómenos que diariamente se repiten á la vista del hombre, es indudable que á ellos se deben gran parte de los adelantos que la geografía, la historia natural, la cosmogonía han hecho en estos últimos tiempos.

¿Y qué diré de la teología cuya doctrina reposa principalmente sobre los libros santos? ¿qué otra cosa son estos sino la historia moral del género humano desde su creacion hasta su redencion? ¿Cómo distinguir las tradiciones apostólicas, y conocer las decisiones de los concilios y los decretos de los Papas y la doctrina de los Padres, sino estudiando incesantemente la historia de la Iglesia, de sus combates, de sus triunfos, de su

disciplina? Reposando esta ciencia divina exclusivamente en la autoridad, tiene en lo pasado sus principales fuentes, y á ellas deberá acudir el que desee nutrir su espíritu con aquella pura y vigorosa doctrina que brilla en los libros santos y en los escritos de los Padres de la Iglesia. Mas no crea el verdadero teólogo que su mision está reducida á explicar el dogma á los fieles y á dirigir sus conciencias. La mision grande, noble, sublime del teólogo es combatir contra los errores que desde los primeros siglos de la Iglesia no han cesado de atacarla. Ved aquí porque la teología ortodoxa, aunque inmóvil en su doctrina, ha sido variable y flexible en sus formas, acomodándose en ellas al gusto de cada siglo y á las que tomaban los enemigos con quienes habia de combatir. Elocuente y entusiasta en boca de los Ciprianos, Crisóstomos, Ambrosios y Agustines; escolástica y sutil en los escritos de los Lombardos, Aquinos y Scotos; erudita en las obras de los Belarminos y Petavios; filosófica y razonadora en los discursos de los Bossuets.

¿Y cuál es el lado por donde la impiedad ataca hoy con mas empeño á la Iglesia católica, y adonde habrán de acudir á sostenerla los que aspiren á ocupar un puesto distinguido entre los teólogos del siglo XIX? el lado histórico. Cuando la filosofía del siglo pasado aspiró á purgar la sociedad de los males que la aquejaban, atribuyó á la Iglesia católica no pequeña parte en ellos, y comprendiéndola por tanto en la proscripcion lanzada contra el antiguo régimen político. Tenidos entonces en poca estima los estudios históricos, pudieron fácilmente los que marchaban al frente de aquella escuela escoger

algunos hechos, vestirlos á su modo, y presentarlos como una prueba de que la Iglesia, interesada en sostener la ignorancia y fanatismo y en perpetuar abusos, habia encadenado la inteligencia y opuesto firmes barreras á los progresos de la civilizacion. Ocupadas ahora las ciencias morales y políticas en reconstruir sobre bases sólidas el orden social, investigan con laboriosidad y celo cuantos elementos han favorecido ó perjudicado á los progresos de la civilizacion; y los enemigos de la Iglesia católica, con infatigable perseverancia en su plan, han esforzado aquellas acusaciones contra ella. Llegado es por tanto el caso de que los celosos adalides del catolicismo salgan á su defensa en el mismo campo en que se le ataca, y estudiando filosóficamente la historia, destruyan las acusaciones de los discípulos de Voltaire y de Gibbon, y demuestren los inmensos beneficios que el catolicismo ha hecho á la civilizacion, realizando la dignidad moral del hombre, aboliendo lentamente y sin reacciones sangrientas la esclavitud, cimentando la familia sobre la santidad é indisolubilidad del matrimonio, fundando la caridad y beneficencia públicas y privadas, fomentando en la edad media el estudio de las ciencias y el renacimiento de las artes, templando la dureza del feudalismo, corrigiendo el derecho romano y acomodándolo á las suaves máximas del evangelio, manteniendo en fin cierta unidad en la sociedad cristiana, que por la ruina del imperio romano se vió fraccionada en cien pueblos de origen, costumbres, idiomas é intereses diversos. ¡Qué abundantísima mina de argumentos en favor del catolicismo! Pocos han trabajado en ella hasta

ahora, y sus riquezas brindan con duradera gloria á los que sepan explotarla. «El estudio de la historia de la Iglesia católica en sus relaciones con la civilizacion deja todavía mucho que desear, dice uno de los escritores que honran á España en la actualidad (1). Y no es que sobre la historia de la Iglesia no se hayan hecho estudios profundos; sino que desde que se ha desplegado el espíritu de análisis social, no ha sido todavía objeto de aquellos trabajos admirables que tanto la ilustraron bajo el aspecto dogmático y crítico.»

Si de la teología pasamos á la ciencia del derecho, no es menor en ella la necesidad de cultivar con esmero los estudios históricos. Dos objetos distintos, aunque mutuamente enlazados entre sí, se propone esta ciencia. La inteligencia é interpretacion de la legislacion vigente, y su mejora y reforma progresivas. Lo primero no puede alcanzarse sin el estudio histórico. El que ignore la época de una ley, los motivos de su publicacion, las doctrinas y creencias que influyeron en ella, con dificultad llegará á penetrar su espíritu, para conservarlo al aplicarla á los casos que ocurran. Sube de punto la necesidad del estudio histórico en aquellos países como el nuestro, en que la legislacion no ha sido refundida en un solo cuerpo cuyas partes guarden entre sí la debida trabazon y armonía; antes bien se halla esparcida por difusas compilaciones, donde cada siglo ha ido depositando su respectivo tributo. ¿Quién sino iluminado

(1) Balmes. *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap. XIII.

por la antorcha de la historia podrá penetrar en este arsenal inmenso donde se hallan hacinadas armas de todas clases y de todas edades, y entresacar de ellas las mas acomodadas á los tiempos presentes para acometer á su adversario ó defenderse? El estudio histórico de nuestra legislacion es tanto mas importante cuanto que habiendo dominado casi esclusivamente el derecho romano en las escuelas y en el foro, ha sido aquella mirada con desden. Entre el gran número de escritores de claro entendimiento y vasta erudicion que han enriquecido nuestra jurisprudencia con sus obras, hay muy pocos que hayan publicado trabajos importantes sobre la legislacion peculiar de España, y aun estos mas bien se propusieron conciliarla con la romana, haciendo alarde de sutil ingenio, que esplicarla é ilustrarla buscando su origen en los usos y costumbres nacionales. Leed los comentarios de Alonso Diaz de Montalvo al Fuero Real, los de Diego Perez á las Ordenanzas de Castilla, los de Antonio Gomez á las Leyes de Toro, y encontrareis unos tratados de derecho romano, aunque apenas tenian punto alguno de contacto con él las leyes que comentaban. Hasta los que escribieron obras especiales sobre puntos desconocidos enteramente en el derecho romano, como mayorazgos, censos, mejoras, acudieron á buscar en él la fuente de su doctrina y la norma de sus decisiones.

No se crea por esto que miro el estudio del derecho romano con el injusto desden con que fue mirado por la escuela filosófica del siglo pasado, antes bien creo que por la profundidad de las máximas que contienen los

escritos de los jurisconsultos cuyos fragmentos nos transmitió Justiniano, y por haber entrado como uno de los principales elementos en la formacion del derecho privado de casi toda Europa, su estudio será siempre necesario á los que aspiren al título de verdaderos jurisconsultos. Mas para que este estudio no se convierta en daño, es preciso que lejos de ahogar el de la legislacion patria, le sirva de antorcha; y lejos de hacerla esclava de la romana, la mire como hija y heredera que se propone mejorar el rico patrimonio que de aquella recibió.

Para llenar la ciencia del derecho este segundo objeto, á saber, la mejora y reforma progresiva de la legislacion, no son de menos importancia los estudios históricos. La ciencia de la legislacion es de aplicacion: recibe de la moral, de la filosofia, del derecho, de la economia política las verdades que respectivamente descubren y demuestran estas ciencias, y se encarga de aplicarlas al régimen de la sociedad. Mas al hacer esta aplicacion ha de tener en cuenta las tradiciones, los hábitos, las costumbres, las creencias de cada pueblo; so pena de caminar á ciegas tropezando á cada paso con obstáculos imprevistos, y de obtener resultados diferentes ó quizá opuestos á los que intentaba. Así como el mecánico ha de modificar las fórmulas abstractas de la ciencia tomando en cuenta el rozamiento de las máquinas y la resistencia de los medios, así el legislador ha de consultar la historia para modificar segun sus lecciones los resultados de la ciencia abstracta. «La ciencia de la legislacion, dice un distinguido jurisconsulto

de nuestros días (1), no tiene otro objeto que el de armonizar estos intereses opuestos é impulsos encontrados (los del individualismo y la sociabilidad) y encaminarlos á un punto, al desenvolvimiento intelectual, material y social, esto es, á la mejor y mas cumplida civilizacion. La filosofía es por ello su maestra, y la historia la antorcha que la ilumina: desviándose de alguna de estas dos guías su extravío es inevitable. Sin el conocimiento del hombre fáltale el fundamento vivo sobre que ha de operar: sin el de las sociedades imposible es que determine su accion, que perciba su curso."

Tal vez juzgarán muchos á primera vista que la medicina, como hija de la filosofía natural, para nada necesita registrar sus anales históricos, y que solo el estudio de las teorías actuales basta para partir de ellas en busca de nuevas verdades. No será tal ciertamente la opinion de los que hayan profundizado en esta ciencia, á quienes no puede ocultarse, que quizá mas que ninguna otra necesita ir caminando apoyada en la observacion y experiencia de los siglos pasados, para no precipitarse en los funestos errores que el falso espíritu de innovacion ha acarreado muchas veces con sus sistemas. Inventada por la necesidad y sostenida por el empirismo, la ciencia de curar no llegó á ofrecer un cuerpo regular de doctrina hasta que el famoso Hipócrates, tan hábil médico como buen naturalista, conoció que la medicina, verdadera rama de la ciencia natural, debía seguir el

(1) Scijns Lozano.—*Teoría de las instituciones judiciares*, tomo 2.º, introduccion.

método que facilitaba los progresos en todas las demás. Comprendió que esta ciencia es mas de hechos que de teorías, mas de observacion que de raciocinio; y de aquí la gran seguridad que alcanzó en formular los preceptos del arte.

Las mudanzas en los sistemas generales de la filosofía que tanto han influido en todas las ciencias, dieron origen entre los médicos á diversas sectas mas ó menos famosas; y como los progresos de los diferentes ramos que constituyen los estudios médicos obligaron á modificar las ideas de Hipócrates acerca de las enfermedades y su curacion, levantáronse á porfia los sistemas químicos, dinámicos, mecánicos, vitalistas &c. escudados y autorizados por hombres célebres en sus tiempos respectivos. Empero si la historia consigna los nombres de Paracelso, Borelli, Van-Helmont y otros inventores de brillantes teorías en gracia de su ingenio y de su mismo crédito, conserva y estima mas los de aquellos médicos que sin prescindir de los conocimientos de su siglo, guardaron fielmente el legado de Hipócrates y adelantaron en observacion y en esperiencia. Así es que pocos conocen á un Aesclepiades ó á un Temison, al paso que son leídas y estudiadas las obras de un Areteo, un Baglivio, un Sidenham, un Boerhaave, un Piquer, un Pinel y un Hufeland. Esta señalada preferencia que la historia contemporánea da á los hombres de un elevado mérito práctico sobre los de gran reputacion teórica, es la censura mas severa que puede recaer sobre los que han extraviado la ciencia con sus imaginarios sistemas, y la prueba mas obvia de que solo uniendo la

observacion y la esperiencia de cada siglo á la observacion y la esperiencia de los pasados, es como puede elevarse á su verdadero y sólido esplendor. Para ello es fuerza volver al estudio, algo descuidado, de los autores clásicos, sagrado depósito de los preceptos mas seguros del arte de curar.

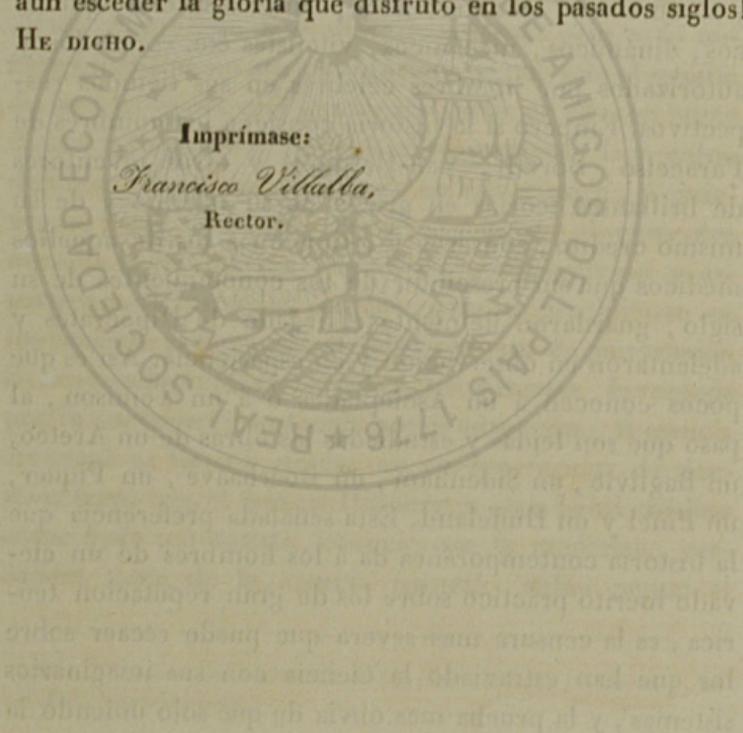
Ved aquí trazada, aunque en brevísimas palabras, la senda por donde deben caminar las ciencias, para corresponder dignamente á lo que de ellas exige y espera el siglo XIX. ¡Ojalá que nuestra escuela sea una de las primeras que marchen por ese camino á reconquistar y aun esceder la gloria que disfrutó en los pasados siglos!

HE DICHO.

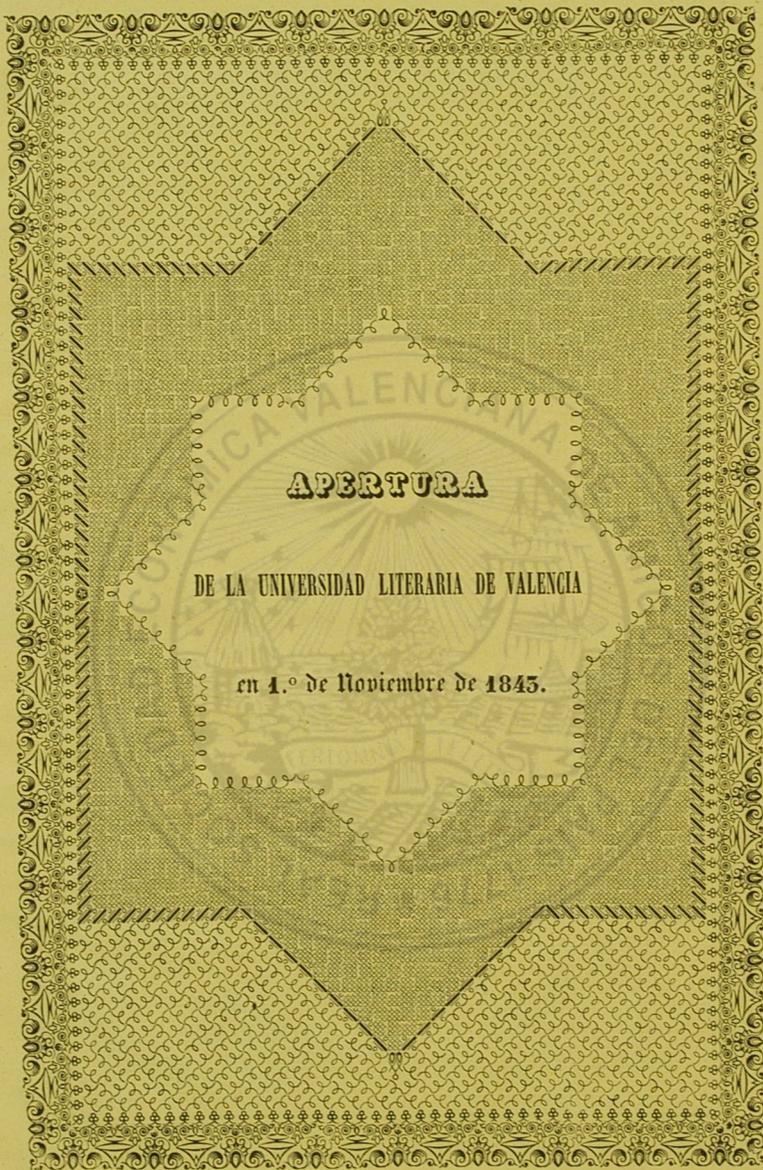
Imprimase:

Francisco Villalba,

Rector.







APERTURA

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

en 1.º de Noviembre de 1845.

DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA APERTURA

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

el día 1.º de Noviembre de 1843

PRONUNCIÓ

el Dr. D. Antonio Rodríguez de Cepeda,
Sustituto encargado de la Cátedra de tercer año de Juris-
prudencia.



IMPRESA DE D. BENTO MONFORTE.



SEÑORES:



CUÁN grato es al corazón venir á olvidar hoy en este pacífico recinto el bramido de las pasiones políticas que chocan y combaten enfurecidas en nuestra desgraciada patria! ¡Cuán dulce contemplar esta multitud de jóvenes que ansiosos de saber, y aguijoneados por el noble estímulo de la gloria literaria, acuden presurosos á consagrar al estudio los años mas floridos de su vida! Mas ¡cuán grave es tambien el peso que echamos sobre nuestros hombros al aceptar del Gobierno de S. M. la honrosa pero difícil tarea de la enseñanza! ¡al sentarnos en este sitio donde se sentaron esos varones eminentes en doctrina, cuyos

retratos nos fueron legados como testimonio de gratitud y prenda de emulacion! Ellos nos traen á la memoria aquellos tiempos en que las Universidades de España ocupaban uno de los primeros lugares entre las de Europa; en que sus profesores eran llamados á las córtes estrangeras, y consultados por los Reyes y los Papas, y escuchados con admiracion en los concilios. Ellos con su muda presencia nos recuerdan las glorias científicas de nuestra patria, y nos reprenden por haberlas dejado empañar, y nos exhortan á que imitando su egemplo les volvamos su lustre y esplendor. ¿Quién al mirarlos no siente nacer en su pecho la mas noble emulacion, y no se duele de la postracion y abatimiento en que yacen nuestras Universidades y no anhela por verlas recobrar su antigua nombradía? Ardua es la empresa, pero no imposible. Al Gobierno toca prepararla y suministrar los medios: llevarla á cabo incumbe á los profesores. Para desempeñar dignamente este honroso ministerio, no basta decorar ante los discípulos lo que se aprendió en los libros: es menester afanarse por colocar siquiera una piedra en el magnífico edificio de las ciencias, que al través de los siglos va labrando el ingenio humano: es menester remontarse á los principios de cada una, conocer su actual estado, señalar el camino por donde debe marchar, y conducir por él á los discípulos, sirviéndoles de guía. De este modo volverán á ser las Universidades de España lo que fueron en otro tiempo, y lo que ahora son las de Alemania; el emporio de las ciencias; el foco luminoso de donde parten los sistemas, las doctrinas, las teorías; el palenque donde estas

combaten entre sí, para depurar sus errores y dar nuevo vigor á sus verdades. ¿Pero cuál es el camino que hoy puede conducir á los profesores á tan alta gloria? ¿Cuál la direccion mas provechosa que deben dar á sus estudios para el adelanto sólido de las ciencias? Para trazar esta direccion es menester conócer la que han seguido hasta ahora; los resultados á que ha conducido; el actual estado de las ciencias.

Quando establecidos sólidamente los bárbaros del norte en los países conquistados y amansadas sus feroces costumbres, comenzó la Europa á salir de la noche de ignorancia en que la irrupcion de aquellos la sumió, llenáronla de admiracion los monumentos científicos y literarios de la antigüedad, que á duras penas habian escapado de la universal desolacion. Su hallazgo era de un precio inestimable para la nueva civilizacion; que, todavía en su infancia, se hubiera visto precisada sin él á comenzar de nuevo el lento y penoso trabajo de crear la literatura y las ciencias. Por eso al descubrir la preciosa herencia que la antigua civilizacion le habia legado, conoció su inmenso valor, y se consagró enteramente á explotarla. Sus débiles fuerzas aparecian todavía mas flacas á sus propios ojos al compararlas con las obras maestras de la antigüedad; y su ambicion no osaba aspirar mas que á imitar á los antiguos en literatura, y á comprenderlos en las ciencias. Se leía con entusiasmo á Homero y á Virgilio, se estudiaba con admiracion á Aristóteles y á Platon, se comentaba proljamente el cuerpo del derecho romano y las decretales de los Papas, y se esplicaba á Hipócrates y á Galeno con fe

ciega en sus aforismos. Tal es el cuadro de los conocimientos humanos en Europa en los primeros siglos que siguieron al renacimiento de las letras. Pedro Lombardo hermanaba la filosofía aristotélica con la teología cristiana, y sustituía el método escolástico y la argumentación silogística á la varonil elocuencia de los primitivos padres de la Iglesia: Irnerio escribía las primeras glosas marginales del *Corpus juris*, y Graciano compilaba los decretos de los Papas. Los grandes ingenios de aquellos siglos jamás aspiraron á sobrepujar á sus maestros: mirábanlos como la única fuente de sus conocimientos, y no creían que hubiese otro camino para el adelanto de las ciencias sino el de explicarlos y comentarlos. Y en efecto, cuando la mas crasa ignorancia dominaba en toda Europa, cuando las instituciones sociales se hallaban todavía en su infancia, cuando las lenguas, instrumento necesario de la literatura y de las ciencias, comenzaban á formarse ¿qué otro camino mas seguro que el de avivar la imaginación con la lectura de los antiguos, nutrir el entendimiento con su estudio, y ejercitar el ingenio con su interpretación? ¿Qué inmenso servicio no prestaron á la literatura y á las ciencias los primeros que, sin arredrarse por la magnitud de la empresa, privados de los ausilios, ó mejor diré, de los instrumentos necesarios de la gramática, de la historia, de la arqueología y de la crítica, acometieron la interpretación de los poetas, de los filósofos, de los jurisprudencistas y de los médicos de la antigüedad? Lejos de nosotros el injusto menosprecio con que han sido mirados, echándoles en cara los errores en que incurrieron,

como si en aquellos siglos les hubiese sido dable evitarlos. Vulgaridad imperdonable ha sido en algunos escritores de los últimos siglos censurar con amarga ironía aquellos errores, sin hacer la debida justicia á su actividad, á su laboriosidad, á su viváz ingenio.

El siglo XIII comenzó á recoger el fruto de aquellos trabajos; y Raymundo Lulio, Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Accursio no se limitan como sus predecesores al papel de meros comentaristas, sino que aspirando ya á cierta originalidad, escogen, ordenan, metodizan cuanto aquellos habian enseñado, y escriben algunos de ellos sus famosas *Sumas* para el uso de las escuelas. Sabidas son las causas que en el siglo XV favorecieron el estudio de la antigüedad y prepararon el admirable grado de perfección á que en el XVI llegaron la literatura, la filología, la historia, la teología y la jurisprudencia. Todavía nos llena de asombro la vasta y profunda erudición de los Erasmos, Justos Lipsios y Arias Montanos, de los Baronios, Belarminos y Petavios, de los Cuyacios, Gregorios Lopez, y Agustines. Estos grandes ingenios habian llegado á comprender la antigüedad: el estudio de esta no podia bastar por sí solo para los adelantos de las ciencias: exigian estas ya que su cultivo no se encerrase en los límites del estudio histórico y erudito, sino que participando del espíritu filosófico é investigador se lanzase en busca de nuevas verdades. Luis Vives, Galileo y otros precoces entendimientos rompieron las trabas con que la filosofía escolástica y peripatética tenia encadenados los ingenios, y al verse estos libres de ellas, cayeron (pues tal es la

condicion del hombre) en el extremo opuesto, dando rienda suelta á su lozanía, lanzándose en el campo de las hipótesis y de los sistemas *à priori*, menospreciando en toda la autoridad, y corriendo presurosos en busca de innovaciones. Esta rebelion contra la autoridad, esta supremacía de la razon individual produjo en teología los perniciosos errores del protestantismo; en política la Utopia de Tomás Moro y la República de Bodin; en física los átomos de Gasendo y los torbellinos de Descartes; y aunque Bacon de Verulamio mostró el único camino que conduce á la verdad, era este harto lento para que se sujetasen de buen grado á seguirlo los que anhelaban gozar sin límites de la libertad de pensamiento que acababan de conquistar.

Llegó el siglo XVIII y en él tomaron diversos y aun opuestos rumbos las ciencias exactas y naturales y las políticas y morales. La observacion y la esperiencia, camino señalado por el gran Bacon, eran fáciles en las primeras, porque los fenómenos de la naturaleza obran sobre los sentidos del hombre y se repiten con frecuencia, ó á voluntad de este que puede someterlos al análisis y al estudio: pero los fenómenos morales y sociales requieren profundidad de ingenio para ser comprendidos, y largo transcurso de siglos para observar completamente sus consecuencias. Las leyes de la naturaleza física obran sobre cuerpos sometidos ciegamente á ellas, por lo que las mismas causas producen siempre los mismos efectos; pero las del órden moral obran sobre el hombre dotado de libre albedrío y sujeto á mil influencias físicas y sociales, que es forzoso examinar y

comparar para discurrir con acierto acerca de aquellas. De aquí dimanó que las ciencias exactas y naturales abandonasen las hipótesis y sistemas imaginarios, y comenzasen á caminar por el buen sendero de la observacion y la esperiencia; mientras las ciencias políticas y morales, olvidando los estudios históricos, base sólida de sus adelantos, se entregaban esclusivamente á merced del espíritu filosófico, que negando y satirizando con Voltaire la autoridad de la verdad revelada; sometiendo á discusion con Rousseau las bases del órden social que los utopistas del siglo anterior habian respetado; formulando con Filangieri y Beccaria la ciencia del derecho con arreglo á principios abstractos, sin tener en cuenta los hábitos, las costumbres y las tradiciones del país, aspiraba á renovar enteramente la sociedad. El estado de esta favoreció y aun despertó en cierto modo los proyectos del nuevo espíritu filosófico. Varias causas que no es ahora ocasion de examinar habian promovido estraordinariamente el desarrollo de la civilizacion intelectual y material de Europa, al paso que su organizacion social permanecia estacionaria. De aquí la disonancia entre algunas instituciones políticas y la opinion, entre la legislacion y las costumbres: de aquí una desazon y mal estar que avivaban los escritores con sus declamaciones: de aquí el deseo de intentar las reformas y probar los remedios que aquellos señalaban como término de los padecimientos públicos.

La Francia, donde la nueva escuela filosófica habia contado sus primeros adalides y hecho mayor número de prosélitos, era tambien la mas á propósito, por el

ingenio vivo y carácter entusiasta de sus naturales, para ensayar y reducir á práctica los brillantes sistemas que á la sazón gozaban de tanto crédito en el mundo literario. Pronto deparó ocasion oportuna para ello la Providencia, como si quisiera confundir la loca audacia de los que desconociendo su obra secular en la civilizaci6n de un pueblo, creyeron que estaba en sus manos echarla por tierra, y darle á su antojo nueva forma, como la da el alfarero al barro informe. Religión, Trono, legislaci6n, costumbres públicas y privadas, cuanto habia ido labrando lentamente el transcurso de largos siglos, todo vino al suelo á los golpes del hacha revolucionaria. Sobre los escombros de lo pasado se edificó la obra que la filosofía habia diseñado; mas apenas puesta la última piedra, se desplomó sobre sus autores, sin que el entusiasmo de los corazones, ni la fuerza de los talentos, ni los crímenes atroces, ni las virtudes sublimes, ni el genio y la fortuna portentosa del mayor capitán que han visto los siglos, fuesen parte á darle estabilidad y firmeza. Miráronse at6nitos los discípulos de los artifices que la habian dirigido, y comprendieron cuán frágiles y deleznable eran los cimientos sobre que la habian asentado. Los sistemas filosóficos ejercieron una acci6n poderosísima sobre las catástrofes políticas de Francia, y estas ejercieron una reacci6n igual sobre los sistemas filosóficos. Conocióse entonces que, estraviándose estos del buen camino, habian estraviado consigo las ciencias políticas y morales; y el siglo XIX, convencido de que el único que conduce á la verdad así en las ciencias políticas y morales como en las exactas y

naturales es el de la observaci6n y la esperiencia, ha restaurado con afán los estudios históricos, único campo de observaci6n y de esperiencia para aquellas. La filosofía racional, la teología, la jurisprudencia, la política, todas recorren los anales de lo pasado; todas examinan con imparcial criterio los hechos, las doctrinas, los sistemas que precedieron, para entresacar de ellos lecciones provechosas. Los estudios históricos predominan hoy en Alemania, en Francia, en Inglaterra, y han comenzado á despuntar en España. A generalizarlos entre nosotros, á robustecerlos deben encaminarse los esfuerzos de los profesores; y estén seguros de que cultivándolos con esmero alcanzarán no pequeña gloria, y harán un servicio todavía mayor á las ciencias.

Mas no se crea que al dar esta importancia á los estudios históricos, pretendemos que el entendimiento humano se encierre en el campo de lo pasado. No desconocemos que la razon humana es de suyo progresiva, y que cada siglo añade nuevas verdades á las que recibió del anterior. Por eso queremos que se estudie lo pasado, no para copiarlo ni aun para imitarlo servilmente, sino para que su conocimiento nos aclare lo presente y nos sirva de guía en lo porvenir: para que nos descubra la marcha que ha seguido la inteligencia humana en el estudio de las ciencias, y los resultados que ó obtenido: para que nos muestre las causas del adelanto ó retroceso de la civilizaci6n de los pueblos, los elementos que han concurrido á la de cada uno, su influjo y sus efectos, y la direcci6n provechosa que puede dárseles: queremos, en una palabra, que los estudios históricos sean la

base y fundamento sobre que las ciencias edifiquen sólidamente sus ulteriores adelantos.

¿Cómo podría caminar con acierto la filosofía racional en la investigación de las importantísimas verdades relativas á las facultades intelectuales y morales del alma humana, á su naturaleza y destino, á la moralidad de sus acciones, á la existencia y atributos de Dios, si no trajese á exámen todos los sistemas que han profesado las varias escuelas antiguas y modernas; y comparándolos entre sí, analizase los principios de donde partian, el método que seguian, las consecuencias á que llegaban, el influjo que ejercieron en el hombre y la sociedad, sus efectos en la civilización; é ilustrada por este análisis, refutase sus errores, y entresacase de cada cual las verdades que acaso contenga, para fundar sobre ellas sus ulteriores trabajos? Aunque en la filosofía natural no sean de tanto valor los estudios históricos para explicar los fenómenos que diariamente se repiten á la vista del hombre, es indudable que á ellos se deben gran parte de los adelantos que la geografía, la historia natural, la cosmogonía han hecho en estos últimos tiempos.

¿Y qué diré de la teología cuya doctrina reposa principalmente sobre los libros santos? ¿qué otra cosa son estos sino la historia moral del género humano desde su creación hasta su redención? ¿Cómo distinguir las tradiciones apostólicas, y conocer las decisiones de los concilios y los decretos de los Papas y la doctrina de los Padres, sino estudiando incesantemente la historia de la Iglesia, de sus combates, de sus triunfos, de su

disciplina? Reposando esta ciencia divina exclusivamente en la autoridad, tiene en lo pasado sus principales fuentes, y á ellas deberá acudir el que desee nutrir su espíritu con aquella pura y vigorosa doctrina que brilla en los libros santos y en los escritos de los Padres de la Iglesia. Mas no crea el verdadero teólogo que su misión está reducida á explicar el dogma á los fieles y á dirigir sus conciencias. La misión grande, noble, sublime del teólogo es combatir contra los errores que desde los primeros siglos de la Iglesia no han cesado de atacarla. Ved aquí porque la teología ortodoxa, aunque inmóvil en su doctrina, ha sido variable y flexible en sus formas, acomodándose en ellas al gusto de cada siglo y á las que tomaban los enemigos con quienes habia de combatir. Elocuente y entusiasta en boca de los Ciprianos, Crisóstomos, Ambrosios y Agustines; escolástica y sutil en los escritos de los Lombardos, Aquinos y Scotos; erudita en las obras de los Belarminos y Petavios; filosófica y razonadora en los discursos de los Bossuets.

¿Y cuál es el lado por donde la impiedad ataca hoy con mas empeño á la Iglesia católica, y adonde habrán de acudir á sostenerla los que aspiren á ocupar un puesto distinguido entre los teólogos del siglo XIX? el lado histórico. Cuando la filosofía del siglo pasado aspiró á purgar la sociedad de los males que la aquejaban, atribuyó á la Iglesia católica no pequeña parte en ellos, y comprendióla por tanto en la proscripción lanzada contra el antiguo régimen político. Tenidos entonces en poca estima los estudios históricos, pudieron facilmente los que marchaban al frente de aquella escuela escoger

algunos hechos, vestirlos á su modo, y presentarlos como una prueba de que la Iglesia, interesada en sostener la ignorancia y fanatismo y en perpetuar abusos, habia encadenado la inteligencia y opuesto firmes barreras á los progresos de la civilizaci6n. Ocupadas ahora las ciencias morales y políticas en reconstruir sobre bases sólidas el órden social, investigan con laboriosidad y celo cuantos elementos han favorecido ó perjudicado á los progresos de la civilizaci6n; y los enemigos de la Iglesia cat6lica, con infatigable perseverancia en su plan, han esforzado aquellas acusaciones contra ella. Llegado es por tanto el caso de que los celosos adalides del catolicismo salgan á su defensa en el mismo campo en que se le ataca, y estudiando filosóficamente la historia, destruyan las acusaciones de los discípulos de Voltaire y de Gibbon, y demuestren los inmensos beneficios que el catolicismo ha hecho á la civilizaci6n, realizando la dignidad moral del hombre, aboliendo lentamente y sin reacciones sangrientas la esclavitud, cimentando la familia sobre la santidad é indisolubilidad del matrimonio, fundando la caridad y beneficencia públicas y privadas, fomentando en la edad media el estudio de las ciencias y el renacimiento de las artes, templando la dureza del feudalismo, corrigiendo el derecho romano y acomodándolo á las suaves máximas del evangelio, manteniendo en fin cierta unidad en la sociedad cristiana, que por la ruina del imperio romano se vió fraccionada en cien pueblos de origen, costumbres, idiomas é intereses diversos. ¡Qué abundantísima mina de argumentos en favor del catolicismo! Pocos han trabajado en ella hasta

ahora, y sus riquezas brindan con duradera gloria á los que sepan explotárlas. «El estudio de la historia de la Iglesia cat6lica en sus relaciones con la civilizaci6n deja todavía mucho que desear, dice uno de los escritores que honran á España en la actualidad (1). Y no es que sobre la historia de la Iglesia no se hayan hecho estudios profundos; sino que desde que se ha desplegado el espíritu de análisis social, no ha sido todavía objeto de aquellos trabajos admirables que tanto la ilustraron bajo el aspecto dogmático y crítico.»

Si de la teología pasamos á la ciencia del derecho, no es menor en ella la necesidad de cultivar con esmero los estudios históricos. Dos objetos distintos, aunque mutuamente enlazados entre sí, se propone esta ciencia. La inteligencia é interpretaci6n de la legislaci6n vigente, y su mejora y reforma progresivas. Lo primero no puede alcanzarse sin el estudio histórico. El que ignore la época de una ley, los motivos de su publicaci6n, las doctrinas y creencias que influyeron en ella, con dificultad llegará á penetrar su espíritu, para conservarlo al aplicarla á los casos que ocurran. Sube de punto la necesidad del estudio histórico en aquellos países como el nuestro, en que la legislaci6n no ha sido refundida en un solo cuerpo cuyas partes guarden entre sí la debida trabazon y armonía; antes bien se halla esparcida por difusas compilaciones, donde cada siglo ha ido depositando su respectivo tributo. ¿Quién sino iluminado

(1) Balmes. *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap. XIII.

por la antorcha de la historia podrá penetrar en este arsenal inmenso donde se hallan hacinadas armas de todas clases y de todas edades, y entresacar de ellas las mas acomodadas á los tiempos presentes para acometer á su adversario ó defenderse? El estudio histórico de nuestra legislacion es tanto mas importante cuanto que habiendo dominado casi exclusivamente el derecho romano en las escuelas y en el foro, ha sido aquella mirada con desden. Entre el gran número de escritores de claro entendimiento y vasta erudicion que han enriquecido nuestra jurisprudencia con sus obras, hay muy pocos que hayan publicado trabajos importantes sobre la legislacion peculiar de España, y aun estos mas bien se propusieron conciliarla con la romana, haciendo alarde de sutil ingenio, que explicarla é ilustrarla buscando su origen en los usos y costumbres nacionales. Leed los comentarios de Alonso Diaz de Montalvo al Fuero Real, los de Diego Perez á las Ordenanzas de Castilla, los de Antonio Gomez á las Leyes de Toro, y encontrareis unos tratados de derecho romano, aunque apenas tenían punto alguno de contacto con él las leyes que comentaban. Hasta los que escribieron obras especiales sobre puntos desconocidos enteramente en el derecho romano, como mayorazgos, censos, mejoras, acudieron á buscar en él la fuente de su doctrina y la norma de sus decisiones.

No se crea por esto que miro el estudio del derecho romano con el injusto desden con que fue mirado por la escuela filosófica del siglo pasado, antes bien creo que por la profundidad de las máximas que contienen los

escritos de los jurisconsultos cuyos fragmentos nos transmitió Justiniano, y por haber entrado como uno de los principales elementos en la formacion del derecho privado de casi toda Europa, su estudio será siempre necesario á los que aspiren al título de verdaderos jurisconsultos. Mas para que este estudio no se convierta en daño, es preciso que lejos de ahogar el de la legislacion patria, le sirva de antorcha; y lejos de hacerla esclava de la romana, la mire como hija y heredera que se propone mejorar el rico patrimonio que de aquella recibió.

Para llenar la ciencia del derecho este segundo objeto, á saber, la mejora y reforma progresiva de la legislacion, no son de menos importancia los estudios históricos. La ciencia de la legislacion es de aplicacion: recibe de la moral, de la filosofia, del derecho, de la economía política las verdades que respectivamente descubren y demuestran estas ciencias, y se encarga de aplicarlas al régimen de la sociedad. Mas al hacer esta aplicacion ha de tener en cuenta las tradiciones, los hábitos, las costumbres, las creencias de cada pueblo; so pena de caminar á ciegas tropezando á cada paso con obstáculos imprevistos, y de obtener resultados diferentes ó quizá opuestos á los que intentaba. Así como el mecánico ha de modificar las fórmulas abstractas de la ciencia tomando en cuenta el rozamiento de las máquinas y la resistencia de los medios, así el legislador ha de consultar la historia para modificar segun sus lecciones los resultados de la ciencia abstracta. «La ciencia de la legislacion, dice un distinguido jurisconsulto

de nuestros días (1), no tiene otro objeto que el de armonizar estos intereses opuestos é impulsos encontrados (los del individualismo y la sociabilidad) y encaminarlos á un punto, al desenvolvimiento intelectual, material y social, esto es, á la mejor y mas cumplida civilizacion. La filosofía es por ello su maestra, y la historia la antorcha que la ilumina: desviándose de alguna de estas dos guías su extravío es inevitable. Sin el conocimiento del hombre faltale el fundamento vivo sobre que ha de operar: sin el de las sociedades imposible es que determine su accion, que perciba su curso."

Tal vez juzgarán muchos á primera vista que la medicina, como hija de la filosofía natural, para nada necesita registrar sus anales históricos, y que solo el estudio de las teorías actuales basta para partir de ellas en busca de nuevas verdades. No será tal ciertamente la opinion de los que hayan profundizado en esta ciencia, á quienes no puede ocultarse, que quizá mas que ninguna otra necesita ir caminando apoyada en la observacion y experiencia de los siglos pasados, para no precipitarse en los funestos errores que el falso espíritu de innovacion ha acarreado muchas veces con sus sistemas. Inventada por la necesidad y sostenida por el empirismo, la ciencia de curar no llegó á ofrecer un cuerpo regular de doctrina hasta que el famoso Hipócrates, tan hábil médico como buen naturalista, conoció que la medicina, verdadera rama de la ciencia natural, debía seguir el

(1) Seijas Lozano.—*Teoría de las instituciones judiciales*, tomo 2.º, introducción.

método que facilitaba los progresos en todas las demás. Comprendió que esta ciencia es mas de hechos que de teorías, mas de observacion que de raciocinio; y de aquí la gran seguridad que alcanzó en formular los preceptos del arte.

Las mudanzas en los sistemas generales de la filosofía que tanto han influido en todas las ciencias, dieron origen entre los médicos á diversas sectas mas ó menos famosas; y como los progresos de los diferentes ramos que constituyen los estudios médicos obligaron á modificar las ideas de Hipócrates acerca de las enfermedades y su curacion, levantáronse á porfia los sistemas químicos, dinámicos, mecánicos, vitalistas &c. escudados y autorizados por hombres célebres en sus tiempos respectivos. Empero si la historia consigna los nombres de Paracelso, Borelli, Van-Helmont y otros inventores de brillantes teorías en gracia de su ingenio y de su mismo crédito, conserva y estima mas los de aquellos médicos que sin prescindir de los conocimientos de su siglo, guardaron fielmente el legado de Hipócrates y adelantaron en observacion y en experiencia. Así es que pocos conocen á un Asclepiades ó á un Temison, al paso que son leídas y estudiadas las obras de un Areteo, un Baglivio, un Sidenham, un Boerhaave, un Piquer, un Pinel y un Hufeland. Esta señalada preferencia que la historia contemporánea da á los hombres de un elevado mérito práctico sobre los de gran reputacion teórica, es la censura mas severa que puede recaer sobre los que han extraviado la ciencia con sus imaginarios sistemas, y la prueba mas obvia de que solo uniendo la

observacion y la esperiencia de cada siglo á la observacion y la esperiencia de los pasados, es como puede elevarse á su verdadero y sólido esplendor. Para ello es fuerza volver al estudio, algo descuidado, de los autores clásicos, sagrado depósito de los preceptos mas seguros del arte de curar.

Ved aqui trazada, aunque en brevisimas palabras, la senda por donde deben caminar las ciencias, para corresponder dignamente á lo que de ellas exige y espera el siglo XIX. ¡Ojalá que nuestra escuela sea una de las primeras que marchen por ese camino á reconquistar y aun esceder la gloria que disfrutó en los pasados siglos!

HE DICHO.

Imprimase:

Francisco Villalba,

Rector.

